



INSTITUTO DE ESTUDIOS
DEL ANTIGUO EGIPTO

El mito del dios Seth

Teresa Bedman

Del Instituto de Estudios del Antiguo Egipto.
Madrid, 1992.

Bien hubiéramos podido titular esta conferencia como «El mito de Seth o las luchas entre los dioses».

El dios Seth, caído ya en desgracia con los propios egipcios, le ha tocado cargar con el título de «Dios del Mal», pero, ¿fue esto realmente así?, ¿los egipcios concibieron a Seth como un dios del mal?

Éste es el punto de partida de la conferencia de esta tarde, donde intentaremos vislumbrar y analizar cómo sentían y veían los egipcios a su dios Seth.

Para el estudio del tema, básicamente tenemos que recurrir a tres fuentes: el mito de Osiris, Horus y Seth, de la mano de Plutarco, la historia y la arqueología.

Los mitos que nos hablan de las luchas entre Osiris, Horus y Seth nos han llegado bajo la imagen del espejo deformador de la época griega, de la mano de Plutarco y Diodoro. Recordemos que el concepto de bueno y malo, de bien y mal, es un invento griego y no egipcio.

Al contrario de lo que sucede en las religiones judeocristianas posteriores, donde Dios crea a los hombres bajo su imagen y semejanza, el genio egipcio creará a sus dioses con atributos humanos, dotándoles de pasiones y ¿por qué no?, también de perversiones. Estos dioses humanizados se casarán, tendrán hijos, pensarán, juzgarán, engañarán y sentirán, también, la baja de la envidia.

Si partimos de la base que los mitos son el intento poético para explicar sucesos históricos, políticos, sociales, etc..., la pregunta obligada es ¿qué se esconde bajo las luchas de Osiris, Horus y Seth?

Pues bien, intentaremos en una hora descifrar la metáfora del triángulo formado por los citados dioses.



Para ello recordemos el mito:

«Geb, la tierra, y Nut, el cielo, estaban separados por su padre Shu, el aire. Y esto ocurre durante 360 días.

Gracias a un juego, el dios Thot, consigue ganar cinco días, durante los cuales Geb y Nut logran unirse, engendrar y dar a luz cuatro hijos: Osiris, Seth, Isis y Neftis, que nacieron por este mismo orden.

Osiris, que se casó con Isis, desde el comienzo de su reinado se preocupó de apartar a los egipcios de la vida salvaje, haciéndoles conocer los frutos de la tierra, dándoles leyes y enseñándoles a respetar a los dioses. Más tarde, viajó por toda la tierra llevando la civilización. En su ausencia, Seth, no se atrevió a modificar nada pues Isis mantenía una estricta vigilancia y conservaba todos los asuntos de su marido en buen orden. Pero al regreso de Osiris, Seth junto a sus cómplices, le tendió una emboscada: tomó en secreto el largo del cuerpo de este y mandó construir un espléndido sarcófago que mandó que llevase a la fiesta que en honor a Osiris se iba a celebrar. A la vista del sarcófago todos los invitados quedaron atónitos y Seth prometió que se lo regalaría al que allí se acostase y le viniese justo. Los invitados entonces lo probaron uno a uno, pero ninguno lo encontró apropiado a su medida. Finalmente, se metió Osiris y los encontró justo a su talla.

En este mismo instante, Seth y sus cómplices, se abalanzaron sobre el sarcófago para ponerle la tapa y, mientras unos aseguraban los clavos, otros se ocuparon de sellarlo con plomo derretido.

Terminada la operación, llevaron el sarcófago hasta el río y lo lanzaron. Éste fue arrastrado por la corriente y salió al mar por el brazo tanítico.

Todo esto ocurrió el día 17 del mes Hat-Hor, en el año 28 del reinado de Osiris.

La diosa Isis, deambuló por todas partes, presa de una gran angustia, y a quien hallaba le preguntaba si había visto el sarcófago. Encontró a unos niños que le indicaron el brazo del río por el que los amigos de Seth habían hecho llegar el féretro hasta el mar.

A continuación, supo Isis que Osiris, en un arranque de pasión, y en un instante de confusión, tuvo contacto carnal con Neftis, a quien equivocadamente tomó por Isis. Ésta, había dado a luz a un niño que abandonó por temor a Seth. Isis lo encontró, cuidó y el niño, Anubis, se convirtió en su acompañante y guardián.



Tiempo más tarde, Isis recibió la noticia de que el sarcófago había sido arrastrado por el mar hasta la ciudad de Biblos, donde las olas lo habían depositado al pie de un sicómoro.

Este árbol encerró en su interior el sarcófago y creció a su alrededor. El rey del país, asombrado por el extraordinario desarrollo del árbol, dio orden de cortar el tronco que contenía el féretro oculto, y de hacer con él una columna que sostuviese el techo de su palacio.

Isis, avisada de este hecho por un viento divino, se trasladó a Biblos. Se sentó al lado de una fuente abatida y llorosa, y no dirigió a nadie la palabra. Pero cuando pasaron las servidoras de la reina, las saludó, conversó con ellas e impregnó sus cuerpos con el aroma sorprendente que se desprendía de su propia persona.

Cuando la reina volvió a ver a sus servidoras, sintió deseos de conocer a la extranjera, gracias a la cual sus cabellos y cuerpos esparcían un aroma de ambrosia. Les mandó buscarla e hizo de ella su amiga más íntima.

También se cuenta que a veces Isis se convertía en golondrina, y así volaba gimiendo en torno a la columna que sostenía el techo del palacio.

Todo esto duró hasta que un día la reina se puso a espiar a la diosa. Entonces Isis se mostró en su aspecto divino, y reclamó la columna que sostenía el techo. La abrió y dejó las maderas al cuidado del rey y la reina, quedando depositadas en el templo y siendo objeto de veneración.

Subió el féretro a un navío y retornó a Egipto.

En el primer lugar solitario que encontró, y en el momento que se creyó absolutamente sola, abrió Isis el féretro y arrió su rostro al de Osiris, abrazándolo y llorándolo. Después depositó el sarcófago que contenía a Osiris en un lugar apartado.

Pero una noche, Seth, que había salido a cazar aprovechando un claro de luna, lo encontró y reconoció su cuerpo, lo dividió en 14 partes y las dispersó por todos lados.

Enterada de lo que había pasado, Isis, comenzó a buscarlas, se subió a una barca hecha de papiros y recorrió el río: en cada lugar donde descubría una parte del cadáver, mandaba erigir un sepulcro.

La única parte del cuerpo de Osiris que Isis no llegó a encontrar fue el miembro viril.

Inmediatamente después de haberlo arrancado, Seth lo había arrojado al río y los peces se la habían comido.



En lugar de este miembro, Isis fabricó una imitación, y así consagró la diosa el falo.

Ayudada por Anubis, recompuso el cuerpo de Osiris y, con su magia, Isis volvió a la vida a su esposo, pero no a la vida de los mortales, sino como rey de los muertos.

Entonces Isis mantuvo con Osiris contacto carnal y engendraron a Horus. Osiris, regresó al mundo de los muertos pero adiestró a Horus para la guerra y el combate, a fin de que vengara a sus padres y recuperase el trono de Egipto.

Cuando estuvo suficientemente preparado para la guerra, libró una gran batalla contra su tío Seth.

Cada uno pretendía más de lo que el otro estaba dispuesto a ceder. Entonces se atacaron y lucharon entre sí. Arrojaron sus armas y pelearon a puño limpio. Fue así que Seth arrancó un ojo a Horus. Pero Horus en su inmenso dolor le pulverizó los testículos. Se debilitaron y cayeron al suelo. Por causa de esta disputa, sus países amenazaban morir de hambre y destruirse.

Seth levantó un proceso contra Horus en la asamblea de los dioses, acusándole de ser un bastardo y cuestionando por tanto su legitimidad en el trono de Egipto.

Con ayuda de Thot, Horus ganó el proceso y fue considerado legítimo ante los dioses.

Pero Seth no se conformaba con su suerte, y como vio que Ra le era favorable y confiando en su invencible fuerza, se empeñó en sostener otro combate con Horus.

Esta vez construyeron dos barcas de piedra, pero la de Horus era de madera forrada de estuco, por lo que cuando llegó la hora del combate, la barca de Seth se hundió rápidamente. Seth, transformándose en hipopótamo, volcó la de Horus. Pero los dioses impidieron que Horus matara a Seth con su arpón.

Entonces tomó partido Osiris a favor de su hijo, diciendo que él era el dios de la fertilidad.

Ra contestó que sin él nada crecía en la tierra.



Pero Osiris hizo ver a los dioses que él era el dios de la vida y de la muerte y que podía destruir el mundo si quería.

A la asamblea de dioses no le quedó más remedio que reconocer a Horus como el único rey de Egipto por toda la eternidad.

Seth, por el contrario, fue incluido en el séquito de Ra, diciéndole:
"¡Ponte de pie, oh Seth, bien amado de Ra!
¡Permanece en tu lugar en la nave de Ra!
Él ha recibido su corazón como justificación.
Tú derrotas a los enemigos de Ra todos los días".
(Papiro Vaticano)

Lo conservó en los cielos como su hijo, y le entregó el trueno para que los hombres no cesaran nunca de temerle.»
Hasta aquí el mito.

Pero ¿qué era o quién era Seth?

El aspecto zoomorfo de este dios, equivocaba ya a los propios egipcios.

Algunas veces veían en él a un asno salvaje y rojo. Otras lo confundían con un misterioso animal que según creían vivía en los confines del desierto. Incluso llegaron a verle como el «cerdo negro» que se comió el ojo de Horus siendo éste posiblemente el origen de toda aversión que sobre este animal tendrá religiones posteriores.

Seth, junto con Montu y Ra, será el dios de la fuerza y de la lucha con excelencia.

A él le estaba consagrado el hierro, por lo tanto no es de extrañar que los soldados lo tomasen como patrón.

En su aspecto de guerrero lo encontraremos protegiendo la barca de Ra en su diario recorrido por el mundo subterráneo luchando contra Apofis. Pero a partir de la XVIII Dinastía comienza la confusión y por algunos la asimilación paulatina de Apofis con Seth.

Apofis será una enorme serpiente enemiga del sol, vencida siempre por él pero que siempre reaparecía para combatir de nuevo.

Este concepto de la serpiente maligna comienza a aparecer en Egipto en el Imperio Medio siendo sin embargo una idea muy extendida tanto por Asia como por toda la cuenca Mediterránea.



Pero esta Apofis no es otra que la Tiamat de la leyenda babilónica a quien el dios Marduk venció en el origen del mundo.

Egipto cogió este concepto y lo hizo suyo, dotando al drama cotidiano de la salida del sol de un elemento nuevo.

Por esa rara costumbre de buscar un doble de todo, los teólogos egipcios rizaron una vez más el rizo y lo trasladaron a partir de la Dinastía XVIII el mito de las luchas de Horus y Seth, a la lucha de Ra con Apofis confundiendo no sólo la teología sino al propio pueblo que no debió entender demasiado bien como Seth luchaba diariamente junto a Ra en su barca contra Apofis y al mismo tiempo podía ser Apofis.

Después de este tinte religioso, veamos que nos dice la historia y la arqueología:

En el período Predinástico, es decir, en las fases Nagada I y Nagada II (3.600-3.200 a. C.), se producirán importantes cambios que traerán como consecuencia la formación, ya de períodos remotos de dos reinos bien diferenciados.

El primero lo encontraremos en el delta. Esta zona, rica en suelo, permitirá el asentamiento humano, con una incipiente cultura que pronto se irá desarrollando, gracias a que la zona estará en contacto con otras culturas, y era la encrucijada entre Asia y África.

Mientras tanto el sur, árido, a lo largo de dos cadenas montañosas, protegía a una población de cazadores que se había vuelto semisedentaria y que, en espíritu y costumbres, estaban emparentados con cazadores de épocas arcaicas.

Pero el salto decisivo vendrá en la fase Nagada II, cuando el hombre egipcio es capaz de controlar su fuente de existencia: el Nilo.

Un desarrollo por zonas traerá como consecuencia que núcleos de población diseminados por toda la geografía egipcia se agrupen en nomos o ciudades-estado.

En la zona del Delta, estas ciudades-estado se han ido agrupando en confederaciones: una en oriente y otra en occidente. Esta última, según los Textos de las Pirámides, parece que es la más antigua, siendo la ciudad de Sais el centro neurálgico.

Esta ciudad, tradicionalmente, estaba protegida por la diosa Neith, portadora de una corona roja.



Por el contrario, en la confederación de oriente, con capital en Busiris, era adorado un dios tribal llamado Andyety, que era el protector de la clase aristocrática y terrateniente de la zona.

Pero un alzamiento de una nueva capa social burguesa, formada por marineros y comerciantes, provocará el derrocamiento de Andyety, colocando en su lugar a su dios protector: Osiris.

A partir de este momento Busiris tomará el nombre de «Per Osiris neb Kjed», es decir, «casa de Osiris, señor del Djed».

De esta forma fue aceptado Osiris como dios tutelar, ya no sólo por los comerciantes, sino con toda seguridad también por los campesinos, que acababan de liberarse del dominio señorial.

La desintegración del antiguo régimen debió ser total, pues el culto a Andyety desapareció de Busiris.

Ésta, con su supremacía, no tardó en hacerse dueña del Delta, y así otras ciudades adoptaron el culto a Osiris.

Este hecho debe ser considerado como el acceso al poder de una clase no noble.

Parece ser que entonces y bajo el control de Busiris, se formó en todo el Delta una confederación con Osiris como dios protector, siendo la ciudad de Heliópolis la encargada de dar un lugar preeminente al culto osiriaco. Será su clero el autor de un complicado plan cosmogónico sobre el que versará toda la religión egipcia. Así Heliópolis pasó a ser no sólo una ciudad santa, sino el primer centro político del país.

Entre otras muchas ciudades -los aliados que menciona el mito- se encontraba Behudit, «que corrió como un hijo a la llamada del padre». Behudit era la patria de otro dios importante en esta historia: Horus.

Mientras que en el Delta se ha instaurado una monarquía unitaria, en el Alto Egipto, el régimen tribal se ha ido transformando lentamente hacia un sistema feudal. Al igual que en el norte, se formarán confederaciones, al principio alrededor de un dios cocodrilo, y posteriormente de un dios feudal: Seth.

El culto al dios Seth lo encontramos en Tentitis, Oxirrinco, Djuef, Hebnu, Edfu, Elefantina..., por lo que se deduce que el culto a Seth se impuso a una amplia confederación cuya capital, según la leyenda osiriaca confirmada por los Textos de las Pirámides, había sido Ombos.



Posiblemente, la relevancia de Ombos se deba a la proximidad de unos yacimientos auríferos, siendo la zona un importante enclave en el comercio del oro.

Cuando los príncipes de Ombos se agrupan bajo la autoridad de Seth, Heliópolis ya era una ciudad santa. Estos príncipes, imitando a sus homónimos del Delta, van a buscar allí también su consagración, como lo demuestran los Textos de las Pirámides (PYR-801) dice: «El de Ombos, grande de Heliópolis.»

De esta forma, Heliópolis, se convierte en el corazón y juez de todo el país. Los cultos del sur y norte entraron en contacto y así, la cosmogonía heliopolitana formó parte del Alto Egipto y viceversa, el Alto Egipto pasó a formar parte de la cosmogonía de Heliópolis.

Letópolis, gracias a su posición central entre Busiris y Ombos, conoció una gran expansión comercio-económica que la convierte en dueña de la navegación por el Nilo. Estos asentamientos son aprovechados por Busiris para iniciar una pacífica conquista del Alto Egipto.

Pero los príncipes de Ombos, dándose cuenta del peligro que esto suponía, se enfrentaron a la confederación osiriana. En el transcurso de una batalla, según el mito moriría su rey Osiris.

El vacío de poder que su muerte provocó, llevó al Bajo Egipto a una guerra civil, que ensangrentó todo el país.

Letópolis mientras tanto, que no se había puesto al lado de nadie, fue quien realmente salió reforzada del enfrentamiento entre las dos posiciones. Gracias a ello, pudo seguir con su política.

Con el tiempo, estos asentamientos vuelven a ser aprovechados por las ciudades del Delta. Este descuido sethiano les costará caro, ya que los príncipes osirianos esta vez se han reagrupado en torno a dos nuevas confederaciones: la de Hat-hor y Horus, que siendo fuertes en el Alto Egipto, asentarán un golpe mortal a los príncipes de Ombos.

El triunfo de los reyes horianos recibió la consagración en la ciudad santa de Heliópolis. Seth fue condenado y su desgracia fue considerada como el justo castigo por el crimen de Osiris, del que le habían hecho culpable.

Los sethianos, aunque vencidos, no habían sido destruidos. Sometidos a la soberanía real, conservaban sus principados, y el nuevo soberano debía contar con ellos. Los príncipes de Ombos quedaron como vasallos, y los antiguos confederados de Seth continuaron con sus antiguos dioses, enarbolando sus enseñas locales. El nuevo rey, al no poder prescindir de su fuerza militar, tuvo que compartir su poder con los «Diez grandes del Sur».



Pero la política centralizadora empezó a encontrar resistencia en varias ciudades. Las del Delta se alzaron contra este poder centralizador real y recobraron su autonomía perdida. Este vacío de poder provocó una serie de invasiones asiáticas. Para sofocarlas, los reyes del sur abandonaron la capital que habían establecido en Nejen, es decir en el Alto Egipto, y se trasladaron a Abydos y desde allí hacia el Delta. Durante estas luchas, cayeron casi todas las ciudades del Delta que se habían levantado.

Pero un hombre fue el que aunó todas las fuerzas para lograr esta victoria. Entonces el país obedeció a un único soberano: Menes, que reunió en sí mismo la corona roja y blanca, dando origen a la primera dinastía.

Pero los conflictos no terminaron aquí, y se sabe que durante este período, la corona fue usurpada, y restituida posteriormente. La crisis entró en una fase más aguda durante la II Dinastía: las ciudades del norte se levantaron (como nos lo recuerda la Piedra de Palermo), y este vacío de poder fue aprovechado por la aristocracia feudal del sur. Se sabe que durante la ausencia de Jasejemui, sospechando una nueva sublevación y para impedir que la aristocracia se agrupara de nuevo alrededor del culto a Seth, el rey asoció a este dios con Horus, e incluso él mismo toma el nombre de «los dos dioses se unen a él». También se sabe que hizo política matrimonial y se casó con una princesa del Alto Egipto. Con esto logró contentar a la nobleza sethiana que así, y al menos en apariencia, desaparece de la escena política.

Nos la volveremos a encontrar en la Dinastía XIII.

Después del reinado de Kaset-Ra, empieza a dejarse sentir en Egipto la crisis de poder. El asentamiento pacífico de semitas en Egipto y la crisis económica que sufrió el Delta, quizá como consecuencia de malas cosechas, provocó una situación similar a la que se produjo en el Imperio Antiguo.

Esta crisis económico-social, tuvo que tener su contrapartida en la situación política del país. De nuevo Egipto se divide. Desconocemos los detalles, pero se produjeron usurpaciones de poder, ya que una serie de nomarcas tomaron el título real y fundaron dinastías paralelas.

Egipto se divide en dos reinos.

Hacia el 1730 a. C., tenemos que Egipto ya no es capaz de defender sus fronteras orientales, por lo que no debió ser muy difícil la penetración en masa de invasores asiáticos: los Hycsos.

Éstos llevaron a Egipto el culto de un dios de las tormentas, un dios de fuerza que rápidamente asociaron con Seth.



Entre la población del Alto Egipto, Seth no había perdido su carácter primitivo y la población autóctona no le consideraba como un dios asesino de Osiris, sino que era el gran dios creador, pero representaba un estadio de culto menos evolucionado que el mito osiriaco o la cosmogonía solar.

Seth volvió a ser el dios de la monarquía feudal como en los tiempos más primitivos, y en su honor levantaron estatuas los vasallos de los reyes Hycsos, como es el caso, según Meyer, de Nehesi (su nombre significa el negro), que levantó una estela al dios Seth en Avaris.

Como es sabido, Ahmosis redujo a los Hycsos y los expulsó del país, restituyó los antiguos cultos, y Egipto volvió a ser Egipto.

Con la revolución religiosa de Ajenaton, se alteró de nuevo el equilibrio, de nuevo el vacío de poder, sucediéndose una serie de faraones: Semenkare, Tutanljamón, Ay, Horemheb. Este último, al no tener heredero, adopta como sucesor a un general procedente de una familia de militares, oriundo de Avaris, que se entroniza con el nombre de Ramsés I.

Llegado a este punto, parece ilógico pensar que Seth fuese visto por los egipcios como un dios de destrucción, de maldad, si los propios faraones, dioses en la tierra, no sólo toman su nombre, sino que le otorgan de nuevo el poder.

Pero evidentemente los ramésidas se debieron dar cuenta, que si intentaban elevar demasiado el poder de Seth frente al de Amón, que era de rancio abolengo, podían caer en el mismo desastre de la era amarniense, así que, hábilmente, se asociaron a la nobleza sethiana sin tropezarse con el clero de Amón, e hicieron válido aquello de «servir a dos señores».

El gran deseo de Ramsés II fue formar un gran imperio que llevase a Egipto al esplendor de épocas pasadas. Un imperio que agrupase a todas las provincias conquistadas hasta la frontera del Éufrates. La única unidad posible era la unidad dinástica, por lo tanto, Ramsés II no debería ser sólo visto como un gran faraón egipcio, sino como un gran rey asiático, por lo que sus planes políticos los debió fundamentar en base a construcciones teológicas. El aunamiento por medio del culto solar no era una vía válida: Amarna y su tiempo, era una vergüenza maldita que todo buen egipcio debía olvidar.

Al no ser factible esta vía, se pensó en otra: en la integración de dioses asiáticos en la cosmogonía egipcia.

Así tenemos que a Ishtar se la dio la calidad de hija de Ptah, alcanzando cierto rango al lado de Amón.

Por este mismo sincretismo Baal, Rerhef y Sutekh fue asimilado al dios Seth que se situó al lado de la gran tríada de Amón, Ra y Ptah.



Y del mismo modo que Menes, también Ramsés II colocó bajo la protección de Seth al cuarto cuerpo del ejército que combatió a los Hititas en la batalla de Kadesh, no dudando Ramsés II en compararse no sólo al propio Amón, sino al propio Seth diciendo:

«Soy como Montu: con la derecha lanzo los dardos, con la izquierda cojo a los enemigos.

Soy como Seth en su hora...»

El poema continúa diciendo:

«Y se decían unos a otros: Quien está entre nosotros no es un hombre, es el gran valiente Sutekh, es Baal encarnado...».
(Poema Pentarur).

Con esta misma idea de imperio, Ramsés II traslada la capital de Tebas a una ciudad nueva en las proximidades de Avaris, llamada Pi-Ramsés, (algunos autores afirman que Avaris, Tanis y Pi-Ramsés son la misma ciudad, pero éste es un dato que está aún sin confirmar).

Posiblemente con este acto Ramsés II pretendió zanjar dos cuestiones: la capital de Egipto tradicionalmente había sido Tebas. Ésta era el centro por excelencia de todo el poder de Amón, que en ningún caso pretendió restar importancia. Pero eso sí, si él pretendía dar culto al dios de sus antepasados, dios que por otra parte permaneció siempre como representante de una nobleza opositora al poder central y que además por su condición de dios de fuerza había sido ahogado al dios Hycso, el enfrentamiento parecía inevitable.

Por otro lado, su idea de crear un imperio egipcio-asiático obligaba casi a tener su capital más centrada entre los dos reinos: Pi-Ramsés era la ideal para sus propósitos, en ella aún quedaban muchos vestigios de un pasado asiático: población, dioses asimilados ya a los egipcios, etc...

No olvidemos tampoco que, si la familia de Ramsés era oriunda de la zona, de algún modo trató de enriquecer el lugar.

También cabe la posibilidad de que tan sólo pretendiese «lavar su sangre», dando un tinte divino a una sangre no egipcia en su totalidad. Se puede sospechar que los ramésidas estuviesen emparentados o fuesen descendientes de semitas. La estela llamada del año 400, aunque realizada en el reinado de Ramsés II, nos aporta un dato curioso: fecha el año 400 de un rey llamado Aapehtiseth Nubti, es decir, «Grande es el poder de Seth». Evidentemente este año 400 no se está refiriendo a un reinado, sino a la era de un templo. Puede que en el reinado del rey citado, se fundase el templo de Seth en Tanis. La estela nos cuenta como un antepasado de Sethy I fue a Tanis para rendir homenaje a Seth.



Se ha calculado que esta visita se realizó durante el reinado de Horemheb hacia el 1330 a. C., por lo tanto la fundación de Tanis la pudiéramos situar hacia el 1730 en pleno período Hycso, por lo tanto, Tanis bien pudiera ser Avaris, la capital que fundaron los invasores semitas.

Otro dato curioso es que se sabe que el padre de Ramsés I fue jefe de arqueros. Este cuerpo estaba formado en gran parte por contingentes extranjeros. Montet incluso afirma que cuando Ramsés I es adoptado por Horemheb éste era gran sacerdote de Seth en Tanis.

Todo este conjunto de coincidencias nos puede poner sobre el indicio de un posible origen semita de los ramésidas.

Pero con Meneptah, hijo y sucesor de Ramsés II, la cosa cambia.

El gran sueño «del más grande entre los grandes», de crear un imperio egipcio que perdurase por miles de años, se desvanece con su propia vida.

Con Meneptah se vuelve al centralismo absoluto. Tebas ejercerá de nuevo su poder. Posiblemente, y aconsejado por un clero que ha sentido peligrar una milésima el absolutismo de Amón, rechaza toda influencia que no sea egipcia. Los extranjeros, los egipcios dudosos de no ser egipcios, se convierten en un peligro, en elementos que hay que combatir e incluso expulsar.

En este momento habría que situar la segunda gran oleada de salida de semitas de Egipto, es decir, lo que conocemos como el Éxodo bíblico, que probablemente no fue tan terrible como nos lo cuentan, ya que hasta el momento, no se ha encontrado documento alguno haciendo referencia a este hecho, y sólo ha sido recogido en la tradición hebrea.

Así que Meneptah se debe enfrentar, no sólo al hundimiento económico que supuso la salida de esta mano de obra proletaria con la cual Egipto había conocido un renacimiento, sino que su debilitamiento interior es aprovechado por otros pueblos deseosos de sacudirse el yugo egipcio, minando así sus fronteras. Pueblos como «los del Mar», amorritas, cananeos e incluso israelitas (y este dato es curioso por ser la primera vez que aparece mencionado el pueblo de Israel como tal). Y aunque la propaganda oficial, en la llamada «Estela de Israel» (puede que emulando a su padre), hace de él el vencedor en la lucha, la realidad fue muy diferente. Egipto una vez más se fracciona en señoríos.

Las viejas rencillas tribales surgen de nuevo. El clero, siempre poderoso, ahora lo es aún más, e incluso cuenta con su propio ejército. El poder real, incapaz de rehacer la situación se hunde, y el trono es ocupado por un usurpador del cual no se sabe nada.



Con el advenimiento de la Dinastía XX, el poder de Seth vuelve a prevalecer en el doble país. Ramsés III intentará una reconstrucción efectiva para pacificar y acabar con las rencillas internas, encabezadas por los dos grandes sectores de la nobleza: sethianos y horianos.

Ramsés III aúna en sí mismo a los dos grandes dioses como ya lo hiciera Jasejemui en la II Dinastía.

Pero este intento de pacificación debió resultar inútil y el poder real se desprestigió de tal forma que, hacia finales de la dinastía XXI, en Egipto estalla una inevitable guerra civil.

El origen de la misma venía de lejos: con el advenimiento del dios Seth por parte de la dinastía XIX, la siempre poderosa nobleza sethiana pensó que ya le había llegado su hora, que habían transcurrido demasiadas dinastías siempre a la sombra de los dioses buenos.

Pero los partidarios del clero tebano no debieron aceptar esta imposición real de buen grado, así que esperaron el momento en que este poder estaba debilitado para asestar su golpe de gracia.

Según Montet, el pillaje de tumbas que se produce durante el reinado de Ramsés IX tuvo el objetivo de proporcionar los medios económicos necesarios para hacer la guerra. Un sacerdote de Heliópolis llamado Oosarsef, encabezaba en el norte el clan de los sethianos o impuros -según Manetón-, que estaban formados, no sólo por los egipcios, sino también por los cananeos, amonitas e israelitas.

Parece ser que al principio la guerra fue favorable a los impuros, que más tarde, fueron aplastados por el gran sacerdote de Amón, Herihor.

Una vez más, la historia se repite y el mito se vuelve a cumplir.

El culto a Seth entonces se debió replegar a zonas muy concretas.

En época de Smendes, Pi-Ramsés, la ciudad donde Ramsés II había promovido el culto a Seth al rango de gran dios imperial, cambia su nombre por el de Tanis. Parece lógico pensar que entonces el culto a Seth fuese abandonado, pero ¿desaparecieron Seth y sus partidarios de la amada tierra de Egipto?

Yo creo que no.

Cuando el miedo hizo replegarse a Egipto en sí mismo, odió y culpó a los extranjeros que vivían en su suelo, de todos sus males, obligándoles a salir precipitadamente, «sin tiempo de recoger», como nos lo cita el texto



bíblico, sin embargo se olvidó de despojarles de la cultura y el sincretismo religioso que les había dado.

Y entre lamento y lamento, este pueblo suplicó al Baal de sus antepasados...

A Seth en el que creían...
Iao, iao, iave -decían-.

Durante cuarenta años lanzaron su plegaria al desierto, transcurridos los cuales, Jahvé volvió su rostro y concedió a su pueblo la tierra prometida....

Pero esta, es otra historia.

Bibliografía

- Budge, W. Religión egipcia. Barcelona, 1988.
Champdor, A. El libro de los muertos. Madrid, 1981.
Daumas, D. Los dioses de Egipto. Buenos Aires, 1982.
Diotron, E.; Vandier, J. Historia de Egipto. Buenos Aires, 1982.
Frankfort, H. et alii. El pensamiento prefilosófico. Madrid, 1980.
Gwyn Griffiths, J. The conflict of Horus and Seth. Liverpool, 1960.
Harris, G.; O'Connor, D. Dioses y Faraones de mitología egipcia. Madrid, 1988.
Jaq, C. El mundo mágico del antiguo Egipto. Madrid, 1991.
Kischkewitz, H. Egyptian Art. Praga, 1972.
Lamy, L. Misterios egipcios. Madrid, 1989.
Muller, M. Mitología egipcia. Barcelona, 1990.
Navelle, E. The store City of Pithom. Londres, 1903.
Pirenne, J. Historia del antiguo Egipto. Barcelona, 1991.
Plutarco. Isis y Osiris. Buenos Aires, 1986.
Puech, H. C. Las religiones antiguas. Madrid, 1983.
Tigger, G. et alii. Historia del Egipto Antiguo. Barcelona, 1985.
Te Velde, H. Seth, god of confusion. Leiden, 1977.